

Fr. Marie-Vincent Bernadot O.P.

EL LUGAR DE LA LITURGIA EN LA ESPIRITUALIDAD DOMINICANA

(La place de la Liturgie dans la Spiritualité Dominicaine)



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

El lugar de la Liturgia en la Espiritualidad Dominicana¹

En el siglo XIII había aun en la Iglesia occidental una gran diversidad en la liturgia. Cada iglesia particular tenía, si no su liturgia, sí al menos sus ritos y costumbres propias, El Papa había dejado a los obispos y a los superiores religiosos una amplia libertad. Y había obispos que no se quedaban cortos en añadir y quitar en la liturgia de su iglesia.

Nacida a comienzos del siglo XIII, la Orden de santo Domingo sufrió a causa de ésta variedad que en su seno resultaba confusión. Cada religioso traía la liturgia de su país natal, de modo que se daba tal disparidad entre los religiosos y los conventos cuando se hacían reuniones generales, que se ponía en peligro la dignidad del culto divino. Desde muy temprano preocupó este asunto, y los capítulos generales decidieron terminar con este inconveniente, y para ello uniformaron la liturgia; en todos los conventos de la Orden se iba a celebrar la misa y el oficio de manera idéntica. Tras numerosos ensayos, se adoptaron en 1254 los libros litúrgicos preparados por el venerable Humberto de Romans y se los impuso a continuación a todos los conventos. Trece años después, el 7 de julio de 1267, Clemente IV aprobaba de modo solemne y tomaba bajo la protección de la Sede apostólica la obra litúrgica del Maestro Humberto. Así fue cómo la Orden de santo Domingo se vio en la precisión de darse a sí misma una liturgia que ha conservado desde entonces.

Pero no habría que exagerar la originalidad de esta obra. El venerable Humberto jamás pretendió inventar una liturgia. Se contentó con elegir, recoger, modificar a veces, sobre todo con unificar las ceremonias, oraciones, textos y cantos en uso en su ambiente. La liturgia dominicana es esencialmente una liturgia romana². Si insistiéramos a pesar de todo en discernir en ella algo especial, diríamos que reviste en sus ceremonias un carácter de solemnidad austera impreso por un conjunto de observancias antiguas y un canto sobrio, y que ha marcado sus oraciones y textos de un cierto sello teológico que no extrañará que se dé en una Orden consagrada al estudio y a la enseñanza de la doctrina sagrada.

Sin embargo, no es en eso en lo que queremos insistir, sino en el lugar que ocupa la liturgia en la formación dominicana. Este lugar es muy importante, capital. Al fundar una Orden canonical (como lo declara Honorio III el 22 de diciembre de 1216 en la bula

¹ M.-V.BERNADOT, La place de la liturgie dans la spiritualité dominicaine, en la obra en colaboración (extracto de la Vie Spirituelle) La spiritualité dominicaine, DU CERF, s/f, pp. 104-121.

² Sobre este punto, ver en las Analecta Ord. Praed., XIII interesantes artículos del p. Vincent Laporte.

misma de fundación), santo Domingo no podía menos de pedir a sus hijos lo que él llama en las Constituciones la Recitación solemne del oficio divino, y adoptar el oficio canonical con sus ritos y ceremonial tradicional. La liturgia debía estar a la base de la vida conventual y de la formación religiosa.

De hecho, es la liturgia la que regula la vida cotidiana del fraile predicador. Estudios, recreación, el mismo reposo se ubican en los límites que prefija la distribución de los oficios divinos. A medianoche la campana llama a los frailes a maitines; mientras las tinieblas cubren el mundo, ellos quieren velar y orar para hacer subir la alabanza hacia Dios y reparar los crímenes y los desórdenes nocturnos. Al alba vuelven a ofrecer las primicias del nuevo día celebrando prima. Varias veces al día se ven congregados por el horario a los pies del altar; tercia, sexta, nona, vísperas les reintroducen una y otra vez en el fervor y les impiden olvidarse de Dios. Finalmente, cuando llega el momento del descanso, las completas —celebradas siempre de modo solemne— cierran la oración litúrgica del día que había sido abierta con los maitines. La oración litúrgica es la trama de la vida dominicana. El oficio prima sobre todo: “debe ser antepuesto a nuestra actividad” (*debet nostris actionibus anteferri*) declara el capítulo general de 1481.



Y esto ¿por qué? Es que la liturgia, en palabras de Dom Festugière, es el “método auténticamente instituido por la Iglesia para asemejar las almas a Jesús”³.

Hay métodos de espiritualidad que atraen más la atención del cristiano sobre su propia miseria, sus pasiones, sus defectos, sus pecados, sobre la vanidad o la bajeza de la vida presente. Y, por supuesto, esa, consideración es indudablemente útil e incluso necesaria. Hay momentos en que todo cristiano deberá frecuentar esos parajes. Sin embargo, los maestros de la espiritualidad dominicana no creen que haya que estar siempre haciendo esa visita, y que hay una consideración mucho más simple y en todo caso más eficaz: la consideración habitual de Jesús, y en él de la Trinidad. Dado que el bautismo tiene como meta incorporarnos a Cristo y que la profesión religiosa pretende llevar la fuerza del bautismo a su mayor potencia, ¿no es mucho más simple y —si se puede hablar así— más directo el ocuparse de entrada en la consideración de Cristo en sus misterios, lo que él es, lo que dice y lo que hace, extrayendo de todo ello la gracia que allí brota? Por eso se le pide al alma dominicana que viva de la liturgia, pues ésta es como el prolongamiento de los misterios de Cristo,

Porque, en efecto, empequeñecen de modo extraño el culto divino e incluso la vida de la Iglesia quienes no ven en las fiestas litúrgicas sino aniversarios o el recuerdo de acontecimientos ocurridos hace tiempo para nuestra salvación. Son mucho más que esto. Nada tan actual como la liturgia. Sus fiestas son una renovación, un recomienzo. Los misterios de Cristo, siempre presentes, siempre activos, actúan hoy en las almas, santifican, divinizan. Cristo siempre está vivo. “Cristo ayer y hoy y el mismo por los siglos”, dice san Pablo (Hbr 13, 8). La liturgia manifiesta y comunica esta triple

³ La liturgie catholique, Maredsous, 1913, p. 119.

existencia de Cristo en el seno del Padre, en su vida mortal entre los hombres y en la Iglesia hasta el fin del mundo, Jesús está ahí, delante nuestro, prosiguiendo su vida, renovando sus misterios para que nosotros participemos en ellos.

Consideración capital ésta en el tema que nos ocupa: los misterios de Cristo son reproducidos no tan sólo para proporcionarnos oportunidad de dar a Dios un culto de alabanza y de agradecimiento, sino a fin de que la gracia del misterio renovado venga a nosotros y podamos así participar en un estado especial de la santa Humanidad. “Lo que sabemos ocurrido una vez en una realidad divina, dice san Agustín, eso mismo lo renueva frecuentemente la liturgia en las almas piadosas”⁴.

Encontramos de nuevo ahí la profunda enseñanza de san Pablo sobre el cuerpo místico de Cristo. Para quien comprende esta doctrina resulta evidente que uno de los principios esenciales de la ascesis cristiana consiste en que los estados y las acciones del Verbo encarnado deben reproducirse en nosotros. “Todo cuanto ha ocurrido sobre la cruz, vuelve a decir san Agustín, en la tumba, cuando resucitó, cuando subió a los cielos y se sentó en el trono a la derecha de Dios Padre, todo eso constituye el «tipo» de la vida cristiana que nosotros debemos llevar” (Enchir., c. 53). “Sabe bien, hija mía —decía el Padre eterno a santa Catalina de Siena—, todos los misterios, todas las acciones realizadas en ese mundo por mi Verdad con mis discípulos o sin ellos, eran representativas de lo que pasa en el alma de mis servidores” (Diálogo, CXLVI). Ser santo consiste en llegar a ser por la gracia lo que Jesús es por naturaleza, reproducir en nosotros, que somos sus miembros, la vida que él ha llevado en su humanidad personal. El mismo nos ha advertido que perseguía esa finalidad, al decir a la misma querida santa: “Tomando vuestra naturaleza, me he hecho semejante a vosotros. En consecuencia, no paro ya de trabajar para haceros a vosotros semejantes a mí, tanto cuanto sois capaces de ello, y me esfuerzo en renovar en vuestras almas, mientras van camino del cielo, cuanto ocurrió en mi cuerpo” (Legend. B. Raym., p. I, c.II).

Ahora bien, ¿dónde se realiza este divino “trabajo” de asemejamiento? Ante todo en la celebración de la liturgia, cuyo centro es el Sacrificio de la Misa. En el coro, el religioso está incesantemente frente a Jesús. De una punta a otra del año la Iglesia despliega ante sus ojos el ciclo completo de los misterios divinos; diariamente asiste a la manifestación renovada de la santa Humanidad y de la divinidad, que ofrece amplia y magnífica materia para la contemplación; diariamente va teniendo una más estrecha participación en los sentimientos particulares, en las disposiciones interiores que animaban a Jesús en cada uno de sus actos; diariamente se le ofrece una fuente nueva de gracia, la gracia merecida por Jesús cuando realizó el misterio por primera vez. Si sigue con inteligencia y amor las ceremonias sagradas, el religioso no cesará de adelantar en su transformación sobrenatural que es la meta de su vocación, pues Jesús estará siempre ante él como el modelo a imitar, como la divina «copia», forma de nuestra predestinación de que habla san Pablo (Rm 8,20); mejor aún, Jesús no dejará de venir a él como primer autor de su propia imagen, tal como dijera en las palabras anteriormente

⁴ Sermón 220 en la vigilia de Pascua

citadas a santa Catalina de Siena. En Adviento vendrá sobre todo a comunicar las gracias de su vida interior; en Navidad, una gracia de renovación, un nuevo nacimiento que hará participar más en su filiación divina; en Cuaresma nos hará “morir al pecado”, “nos crucificará con él”, “nos sepultará con él” (Rm 6, 4), para hacernos luego “resucitar con él” (Ef 2, 6), “andar en una vida renovada”, libre y completamente espiritual, y por fin “sentarnos con él en los cielos” (Ef 2,6). Mientras tanto Jesús se manifestará en sus miembros (los santos que lo prolongan a través de los siglos), hasta el punto de que así resultará el “Cristo total” (para servirnos de un término de san Agustín, De unitate Eccl., IV), el manifestado y donado en una especie de comunión perpetua en todos sus misterios, en sus disposiciones interiores, en sus sentimientos, en toda su gracia, tanto en su persona misma como en sus miembros.

Ahora se comprende por qué santo Domingo ha privilegiado tanto la liturgia en la vida de sus hijos. Por supuesto que está la razón de que ella constituye la alabanza divina por excelencia y de que nos permite cumplir nuestro primer deber que es la glorificación de Dios; pero está también la motivación de que la liturgia conduce al religioso a la perfección de su estado, al ser la vía más simple y más segura para asemejarse a Jesucristo.



Pero se preguntará: ¿qué relaciones se dan en la vida dominicana entre la liturgia, por un lado, y el estudio y el apostolado, cuya importancia es tan grave, por otra? No son raras las congregaciones religiosas que han sacrificado la celebración solemne de la liturgia precisamente con la mira puesta en obtener mayor libertad para su ministerio. ¿Se opondrían, pues, vida litúrgica y ministerio? Estamos lejos de pensar así, y ello por las siguientes razones.

Ante todo, notemos que la liturgia no aparta al religioso del objeto esencial de su estudio. ¿Qué es lo que debe estudiar el fraile predicador? Principalmente la ciencia sagrada, la teología, la Biblia, ¿Y qué se encuentra en la liturgia sino el depósito de la doctrina católica condensada en las oraciones, en los trozos de la Escritura y los textos de los Padres? Se trata del dogma vivo, que habla tanto al corazón como a la inteligencia.

Esto nos hace comprender lo atinados que estuvieron nuestros mayores cuando distribuyeron el oficio divino de modo que envolvía los trabajos del religioso. Al haberse embotado hoy el sentido litúrgico, se estaría tentado de ver en esta distribución un obstáculo para el trabajo intelectual y de agrupar varias partes del oficio en su recitación, sacando así largas horas de estudio sin interrupciones y creyendo que así resulta más útil dicho estudio. Eso sería abandonar el espíritu primitivo y cambiar las antiguas costumbres. Nuestros padres seguían las costumbres apostólicas y recitaban cada una de las horas en los diversos momentos del día y de la noche. Tenían una noción más clara que nosotros sobre la estrecha relación entre la oración y el estudio. Cuando cortaban regularmente el estudio para orar, no creían que lo estaban sacrificando. El retorno frecuente al coro impide que el estudio se convierta en un

simple trabajo intelectual, una especulación abstracta y fría; mantiene el contacto íntimo con Dios y guarda al religioso en espíritu de contemplación. ¿Puede dudarse de que el peligro de intelectualismo amenaza a todo aquél que se dedica por profesión a estudiar, a criticar, a enseñar? ¿Qué erudito dejará de reconocer que muy a menudo la curiosidad del espíritu impide el fervor del corazón? ¿Qué teólogo se atrevería a negar que no siempre la aspiración de su oración está a la altura de su ciencia? ¿Habría quimera mayor, por desgracia, que el teólogo que conoce a Dios más de lo que lo ama, el doctor en ciencia sagrada ardiente en su rechazo de la herejía y flojo en el servicio del Señor? No hay nada que hacer: el intelectualismo amenaza con desecar el corazón y enfriar y esterilizar la oración. Y ¿cuál podría ser la utilidad, desde el punto de vista sobrenatural y desde el punto de vista apostólico, de un estudio que no vivificara la Caridad?

Ahora bien, la liturgia establece de nuevo el equilibrio entre la vida intelectual y la vida afectiva. Lejos de impedir el estudio, el oficio lo sostiene, le sirve de complemento, lo acaba al fecundarlo, pues la verdad que el religioso buscaba en los libros la vuelve a encontrar en las fórmulas litúrgicas, y no ya abstracta sino viva, recubierta de amor, más sugestiva, más penetrante; en esas permanencias junto al altar, el alma asimila el fruto de su trabajo, la verdad desciende de la cabeza al corazón, donde se caldea y suscita las resoluciones que gobiernan la vida. Gracias a la liturgia, la teología se convierte en una ciencia penetrada de alta contemplación.

“Muchas veces, decía a sus frailes san Vicente Ferrer, cuando está estudiando, debe apartar los ojos del libro por algún espacio, y cerrados, esconderse en las preciosas llagas de Cristo nuestro bien, y después volverlos otra vez al libro. Y cuando de estudiar se levante, puesto de rodillas delante de nuestro Señor, haga alguna breve y muy fervorosa oración. Y lo propio cuando entrare en la celda o en la iglesia, anduviere por el claustro o capítulo. Esto hará, según el ímpetu de espíritu que le moviere y la devoción le incitare. Y algunas veces haga esto teniendo oración de propósito, entera o breve, con algún suspiro o gemido salido del corazón. Pidiendo el auxilio y favor divinos, presentando al Altísimo sus santos propósitos y buenos deseos, tomando por mediadores a los santos... Así que, después de un rato de oración, volverás al estudio otra vez, y así andarás de lo uno a lo otro trocando y variando. Porque con semejantes trueques hallarás en la oración mayor devoción, y con más facilidad y claridad entenderás lo que estudiaras” (Tratado de la vida espiritual, cap. 11).

Así estudiaba santo Tomás. El gran doctor usaba lo menos posible de las dispensas a que tenía derecho a causa de sus lecciones y de la composición de numerosas obras. Y no contento con asistir asiduamente al coro, llegaba, antes que los demás y permanecía largamente en él. Cuando se le preguntaba por qué interrumpía su trabajo, respondía: “Renuevo mi devoción para elevarme más fácilmente después a la especulación”.

Esta es la alianza que existe entre la oración y litúrgica y la fecundidad del trabajo intelectual.

Se trasluce otro efecto de la liturgia: ésta acostumbra al religioso a referir todo a una idea central, a reunir los juicios de su inteligencia, las afecciones de su corazón, en una palabra: todos los elementos de su vida intelectual y moral, alrededor de la idea de Jesucristo vivo al que tiene delante, idea que le sirve para ver, comprender, juzgar y amar. Se deriva de ello una magnífica y poderosa unidad. Todo cuanto toca, aun las más pequeñas parcelas de verdad que someta a consideración, quedará animado en un vasto movimiento de pensamiento que desembocará en Dios. Nada estudia sino bajo la luz de Dios, sub ratione Dei, en palabras de santo Tomás. Dios por sobre todo: ése es el principio unificante que le proporciona la liturgia; y ocurre que ésta es también exactamente la directiva intelectual que le da la teología tomista, por otro lado. Espíritu tomista y espíritu litúrgico se unen para llevar a quien los sigue a las cimas en que es posible poner orden en las adquisiciones más variadas, jerarquizarlas, ya que se ve todo desde un punto de vista universal, In Deo, in summo rerum vertice, según la magnífica expresión de santo Tomás.



Tras lo dicho, podrá parecer inútil a muchos insistir sobre los beneficios que la liturgia aporta al apóstol. Resumiremos con gusto en algunas palabras nuestro pensamiento; la vida activa encuentra en la plegaria liturgia su base más firme.

¿Qué necesita in predicador para su ministerio? ¿La ciencia? Sin duda que sí. Pero una ciencia vivificada y fecundada por la Caridad; pues de por sí la ciencia no hace pasar a la acción y mucho menos lleva al don de sí. Sin la Caridad nunca producirá un apóstol. Ni siquiera basta para producir un contemplativo. La contemplación religiosa, aunque esencialmente resida en la inteligencia, comienza y termina en la voluntad. A partir del amor que se siente por Dios se lo desea conocer; a partir de ese conocimiento, se lo ama más. El amor es el comienzo y el fin, y —por lo menos acá abajo— constituye la perfección última de la vida.

El fraile predicador no se posesionará, pues, plenamente de su vocación sino cuando el conocimiento que tiene de Dios a través del estudio deje de ser abstracto para convertirse en ciencia viviente y activa, una ciencia que ama y que, en consecuencia, se consagra y se entrega. Pero la Caridad es don de Dios, fuera de nuestro alcance por su propia naturaleza. Se obtiene por la oración, y para nosotros prácticamente por la oración litúrgica, la cuál, por eso, se convierte en la más directa y eficaz preparación para el apostolado. Las horas más importantes del apóstol, las más plenas, las más cargadas de futuros beneficios, son las que dedica a asemejarse a Cristo y a capacitarse, en consecuencia, para santificar a las almas. Ahí está la cúspide de su vida.

Por lo demás, ¿no es ya por sí misma la vida litúrgica un medio de apostolado? Nadie se atreverá a negar su inmenso poder de intercesión. Si la simple oración del cristiano es una fuerza, ¿qué decir de la oración de la Iglesia, de la Esposa que implora al Esposo? Ahora bien, cuando está en el coro el religioso es diputado de la Iglesia para ofrecer en su nombre el necesario tributo de la alabanza, es la voz de la Iglesia: su súplica adquiere una eficacia soberana. Como un nuevo Moisés, desarma la cólera de

Dios. Cuando, a mitad de la noche, deja su lecho para presentarse en el coro y celebrar los maitines, tiene conciencia de ser acreedor a su título de predicador; también a esa hora distribuye la vida; su plegaria es predicación.

Es además una reparación de los desórdenes de nuestro desdichado tiempo. La ofensa más grave que Dios recibe de parte de los hombres no consiste en las caídas sensuales, sino en la infidelidad y corrupción del espíritu, en la organización de la vida individual y social al margen de Dios. El naturalismo y el racionalismo reposan sobre el menosprecio de Dios. Contra esta doctrina satánica, la vida litúrgica del religioso constituye una protesta incesante, una reparación exacta. Ocupándose preferencialmente de Dios, proclama que Dios está por encima de todo y que debe ser “el primer servido”, según la clara expresión de santa Juana de Arco; confiesa que Dios es suficientemente atrayente como para cautivar todas las miradas del alma, lo suficientemente alto como para superar todas las necesidades de verdad que tiene la inteligencia, lo suficientemente bueno como para saciar y desbordar todos los deseos del corazón.

¡Dichoso, pues, el fraile predicador, consagrado por su deber de estado al oficio divino! ¡Dichosos quienes saben vivir de la liturgia! “Ellos están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su santuario. Y el que está sentado sobre el trono habitará en ellos... El Cordero los apacentará y los conducirá a los manantiales de las aguas de vida” (Ap 7). Alabando al Señor con alabanza perfecta, se santifican y santifican. “Mientras se esfuerzan por no preferir nada al Oficio divino y se afanan por desplegar en la celebración todo el cuidado y el esmero que reclama una función tan augusta, la ciencia de la propia santificación les es comunicada bajo la forma que ellos deben realizar en lo más profundo de sí mismos. Y si ocurriese que en una función litúrgica las almas llamadas a prestar allí su concurso estuviesen todas ellas muy próximas a su perfección en el culto litúrgico individual, es decir, en su vida espiritual, poco faltaría para que los ángeles en el Cielo se uniesen a semejante asamblea. Sin duda alguna, las complacencias divinas serían ilimitadas y la irradiación de un tal centro sería la admiración del mundo entero”⁵

⁵ La vie spirituelle et l'oraison. Solesmes, 1899, p. 468.



Portada: La configuración del sacerdote con Cristo, que llega a su culmen en la consagración, se hace evidente en el Rito Dominicano cuando luego de ella, en la palabras “Unde et memores”, el sacerdote extiende sus brazos en forma de cruz.

Contra portada: La espiritualidad Dominicana hace que el Canto Gregoriano sea solemne y al mismo tiempo “breviter et succinte” adquiriendo así la agilidad de la Virtud Teologal de la Caridad.